

Sobre la libertad

“La mejor manera de evitar que un prisionero escape, es asegurarse de que nunca sepa que está en prisión”.

Fiódor Dostoyevsky

PAULA ANDREA JIMÉNEZ GÁLVEZ¹

¿Será posible alcanzar el deseo de libertad a través del discurso, visto desde la perspectiva de Foucault, para quien el sujeto está configurado por los discursos?

Aunque la libertad se convirtió en discurso con las promesas de la modernidad, esta condición ha sido relacionada con el sujeto desde la aparición misma de las “organizaciones sociales”. Sin embargo, antes de la modernidad, esta condición estaba regulada por relaciones de opuestos en la que solo uno de los componentes connotaba libertad, como se ve en las relaciones: líder - dominado, amo - esclavo, en las que los primeros contaban con la condición de hombres libres. Pero no sólo en las relaciones mediadas por aspectos de organización social ha aparecido esta condición, también en las relaciones espirituales se ha dado la relación hombre - libertad, como se nota en la tradición judeo-cristiana a través de la presencia del libre albedrío desde épocas tempranas.

La condición de ser libre se ha ido configurando históricamente como un dispositivo que finalmente se consolidó como discurso gracias a la Revolución Francesa que provocó una de las más importantes promesas de la modernidad: la libertad. Dicho discurso recogía las resistencias

de los dominados, de los esclavos, de los excluidos y, finalmente, se convirtió en el regulador de la búsqueda del sujeto, en una nueva época que presentaba un cambio para la estructura social.

“La cultura moderna puede pensar al hombre porque piensa lo finito a partir de él mismo. Se comprende, en estas condiciones, que el pensamiento clásico y todos aquellos que lo precedieron hayan podido hablar del espíritu y del cuerpo, del ser humano, de su lugar tan limitado en el universo, de todos los límites que miden su conocimiento o su libertad, pero que ninguno de ellos haya conocido jamás al hombre tal como se da al saber moderno. El “humanismo” del Renacimiento, el “racionalismo” de los clásicos han podido dar muy bien un lugar de privilegio a los humanos en el orden del mundo, pero no han podido pensar al hombre” (Foucault, 1968, p. 309).

Aunque el discurso de la modernidad pensó al hombre como un ser finito y desde allí lo conoció en sus condiciones de sujeto, entre las que se cuenta la libertad, no se trató de un discurso que desconociera completamente los anteriores, y por tanto, es posible ver dentro de él la continuación de las delimitaciones planteadas en épocas anteriores, como aquellas que otorgaron al hombre un lugar privilegiado en el orden del mundo. Lo novedoso no fue precisa-

¹ Comunicadora social y periodista. Profesora del Área de Lenguaje Audiovisual del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. marcusa_@hotmail.com

men-
te la reubi-
cación del hombre,
sino la estructuración de la
sociedad en la que vivía bajo un nuevo
orden que terminó por desdibujar, pre-
cisamente, el deseo surgido en medio de
la resistencia: el de otorgar al sujeto la
libertad como bien natural:

“... yo supongo que en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y re-distribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad” (Foucault, 1970, p. 11).

Las luchas por el poder, las sublevaciones de esclavos, obligaron a la sociedad a pensar en la libertad y, como era de esperarse, antes que dejarla habitar entre los sujetos como un fantasma que de a tantos aparece para llevarse las almas de los serviles, se tejió como promesa, como punto de llegada común, como condición. Sin embargo,

enun-
ciarla dentro
del discurso moderno
no significó que se convirtiera en
ese bien natural esperado por los oprimi-
dos, el discurso no respondió por completo
al deseo, pues la libertad se otorgó al
sujeto como un derecho que traía consigo
limitaciones.

En este discurso, la libertad se consideró sólo como la posibilidad de elección del sujeto, reduciéndola exclusivamente al libre albedrío, que además fue delimitado por una serie de leyes y de compromisos sociales que presentaron a la humanidad una capacidad de elección reducida, condicionada, lejana del deseo de libertad como bien natural. La libertad no fue tampoco en este discurso reconocida como natural al hombre, sino otorgada por la sociedad: sólo el reconocimiento social de ciertas condiciones en cada sujeto particular, daría legitimidad a su libre albedrío, a su deseo, a su elección, a su libertad.

Así, además de contener un alto componente legislativo, el discurso sobre la libertad se vio comprometido por otros que terminaron por delimitar las capacidades que debían constituir al sujeto

libre: capaz de dominar el mundo natural, capaz de producir con abundancia, capaz de dominar la máquina, de aprovechar su tiempo, de crear un mundo a su imagen y semejanza. La libertad como ‘condición’ natural terminó siendo ‘condicionada’ por los demás enunciados del discurso moderno, y controlada por la mirada atenta de una sociedad con todas las herramientas legales para juzgar la condición de libertad de cada sujeto, para determinar el grado en el que podía ser, ningún asunto más lejano a la libertad como bien natural:

“El discurso, por más que en apariencia sea poca cosa, las prohibiciones que recaen sobre él, revelan muy pronto, rápidamente, su vinculación con el deseo y con el poder. Y esto no tiene nada de extraño: ya que el discurso —el psicoanálisis nos lo ha mostrado— no es simplemente lo que manifiesta (o encubre) el deseo; es también lo que es el objeto del deseo; y ya que —esto la historia no cesa de enseñarnoslo— el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse” (Foucault, 1970, p. 12).

Con este planteamiento de Foucault podría entenderse, tal vez, lo ocurrido con la promesa de libertad del discurso de la modernidad. Una vez que la condición de sujeto libre se insertó en el discurso legítimo, dejó de ser resistencia y se convirtió en dispositivo del poder. Hablar del hombre libre, conjuró el fantasma de la libertad y sus peligros para el lugar privilegiado que se había alcanzado para el sujeto.

Aunque en boga estaba la libertad, y todavía, presos de la productividad, de la

industrialización y del conocimiento, los sujetos nuevamente empezaron a sentirse esclavizados, oprimidos, serviles. Una vez más surge el deseo de la libertad aun habitando su discurso. Otra vez merodea el fantasma que se creía conjurado, pero esta vez, desde la resistencia a las promesas de la modernidad, como si se tratara de un eterno retorno en el que no hemos logrado establecer: el verdadero almen-drón de este deseo.

El discurso sobre la libertad no libró al hombre de seguir reconociendo dicha condición a través de relaciones de oposición, aun cuando, según los planteamientos de Foucault, éste lo configuraba como sujeto. No es declararse libre lo que da la libertad, no es volver el deseo discurso lo que nos sacia. Es más bien conocer ese objeto de deseo lo que podría abrir caminos hacia unas relaciones de poder más consecuentes, menos excluyentes, menos polarizantes.

La resistencia no puede seguir el camino del discurso, pues no se trata de configurar uno nuevo. El resistir es más bien reconocer la configuración del deseo, de esa sed que nos enfrenta permanente, en este caso, al fantasma de la libertad, aún siendo habitantes de múltiples discursos que la incluyen, la legitiman, la caracterizan, la configuran como un “algo” común y reconocible.

Según los planteamientos de Foucault, son precisamente los discursos los que configuran al sujeto. Sin embargo, aunque el sujeto desde la modernidad vio representado su deseo de libertad en el discurso y lo tuvo materializado en enunciados, siguió sintiéndose esclavo, oprimido, y entre más discursos de libertad habita, más lejos se siente de ella. Cabría preguntarse entonces: ¿Por qué se aleja la libertad del sujeto, a pesar de los discursos? ¿Por qué no ha podido configurarse el sujeto como

un hombre libre, aun cuando lo cruzan distintos discursos de libertad?

La respuesta: porque dichos discursos han convertido el deseo en objeto de análisis social, lo han reglado, lo han delimitado y cada nuevo discurso le otorga nuevas condiciones y características. La libertad antes que convertirse en un bien natural a través del discurso, se ha configurado como un complejo entramado de condiciones materiales, de conocimiento, de leyes, se ha vuelto un juego de posibilidades difícil de cumplir al que sólo pocos pueden acceder. El deseo de la libertad como bien natural, regresó a su forma de exclusión, ese monstruo que corroee las almas serviles y los acerca a los fantasmas conjurados.

Foucault tampoco ha sido ajeno a este discurso de libertad construido en la modernidad, ya evidente desde los discursos de la tradición judeo-cristina. Para él, la libertad también es un asunto de capacidad de elección, y la obtiene el sujeto a través del libre albedrío. Configurada de esa forma, y viéndolo desde la perspectiva de Foucault, quien señala que al sujeto lo configuran los discursos, realmente es poco probable que el sujeto alcance su deseo de ser naturalmente libre, ni siquiera en la resistencia, pues ese resistir también está mediado por los discursos de la época; es decir, ese sujeto que cree resistir al discurso, que cree estar en una ruta diferente que lo llevará a plantear nuevos discursos, no es más que un sujeto tan habitado como otros, por los mismos discursos y dispositivos, en quien tal vez podría destacarse, eso sí, su capacidad

crítica frente a lo vivido, pero no precisamente, su bien natural de libertad.

La resistencia es necesaria para los dispositivos y las relaciones de poder, también para ella hay conjuros y remedios, también hay medidas y límites, así que la libertad tampoco se consigue en el resistir, al menos no esa libertad como bien natural del sujeto, de todos, pues es precisamente en la resistencia donde más claramente se puede ver el retorno perpetuo al reconocimiento del hombre libre, a través de relaciones de oposición: hombre reflexivo - hombre irreflexivo, resistencia - dominación.

El sujeto no será libre, no podrá serlo pues está determinado por el discurso de la época, y cada una de ellas trae consigo su propio tipo de hombre libre, gestado, precisamente, en la resistencia a discursos anteriores. Por lo tanto, no es posible pensar en un hombre libre que se transforma según los discursos que habite, pues siempre estará preso en los enunciados, enmarañado entre las condiciones que se ponen a la libertad, tratando de hallar el camino que lo lleve a ser tan libre como se dice debe ser. El hombre, a pesar de los discursos, siempre será presa del fantasma de la libertad y la sociedad de sus "peligros". La opción no es declararse libre, no es presentar un nuevo discurso sobre la libertad, no es resistir. Tal vez el hombre empiece a acercarse al deseo de libertad como bien natural cuando reflexione, no la condición de libertad, sino la misma libertad como objeto de deseo ¿qué es lo que queremos como libertad? ¿Qué es la libertad como bien natural del hombre?

Referencias bibliográficas

- Foucault, M. (1992). *El orden del discurso*. Buenos Aires, Argentina: Tusquets
- _____ (1968). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.